

Universidad de Puerto Rico
Recinto Universitario de Mayagüez

**Reflexiones sobre la labor etnográfica:
historias de vida acerca del maremoto del 1918,
en la costa oeste del Puerto Rico**

Kevin M. Acevedo
844-92-0081

**Reflexiones sobre la labor etnográfica:
historias de vida acerca del maremoto del 1918,
en la costa oeste del Puerto Rico**

La labor antropológica etnográfica e histórica es fascinante. La magnitud y el grado de satisfacción que uno recibe a cambio del esfuerzo y tiempo empeñado en esta labor es inmensa y muy difícil de explicar. Mejor no lo pudo expresar un investigador social cuando dijo, “es como un *mini* orgasmo”¹. Sin embargo, aunque se reciba una gran satisfacción, no podemos negar que sigue siendo una labor que requiere mucho sacrificio. Aquellos que lo hacen con esmero y dedicación son dignos de ser admirados.

El 11 de octubre de 1918, a un poco después de las 10:00am, Puerto Rico recibió inesperadamente el impacto de un terremoto con un epicentro submarino localizado al noroeste de la isla, en el Canal de la Mona. El efecto secundario de el temblor fue el impacto de una maremoto en el área costera de la misma².

Actualmente se está llevando a cabo un estudio científico interdisciplinario con geólogos, sismólogos, científicos marinos, sunaminólogos, sociólogos y antropólogos, para conocer con acierto el tipo de ola que fue y cual fue la extensión de su impacto sobre el espacio geológico y social (humano). Las implicaciones del estudio son vigentes, ya que con la información que se obtenga se podría prever la magnitud del potencial que podría tener un desastre como este sobre nuestras costas borincanas.

¹ Dicho por el Dr. Jaime Gutierrez, investigador social y catedrático de la Universidad de Puerto Rico, Recinto Universitario de Mayagüez. Fue expresado a modo de conversación, el 31 de octubre del 1996, en su oficina.

² *H. R. Doc.* Vol. 33, Cong. 66, 1ra sesión, pág. 5 (19 de mayo al 19 de noviembre del 1919).

Me tocó a mí llevar a cabo una pequeña parte de la labor antropológica - las historias de vida. Cuando hice las historias de vida de algunas de las personas que vivieron este desastre costanero tan trágico, me enfrenté a unas limitaciones básicas con las cuales tuve que lidiar. En definitiva, hacer historias de vidas, como disciplina científica antropológica, no es fácil, y las razones son múltiples y varían de caso en caso.

A continuación expondré estas limitaciones seguido por una reflexión breve sobre la etnología como disciplina, que es urgente por sus implicaciones socio culturales para el tiempo presente y el futuro.

Uno de los problemas - por no decir el problema - más básicos fue que las personas que vivieron este día tan dramático recuerdan más el terremoto que el tsunami. Hay una explicación muy lógica para esto.

Primero. Las personas, para poder recordar este acontecimiento, obviamente deberían aun estar vivas y tener por lo menos **82 años de edad**, ya que el maremoto fue hace 78 años atrás. Creemos que hubiesen que haber tenido por lo menos 4 años de edad aproximadamente para poder ser capaces de recordar algo; esto los ubicaría actualmente en una edad aproximada de 82. Además, deben estar física, emocional y **mentalmente saludables** para poder narrar su experiencia personal con precisión y confianza. La población de personas con estas cualidades no es tan grande. Naturalmente, estas personas van falleciendo a la medida que pasan más los años.

Segundo. El maremoto que impactó la costa oeste de la isla fue a causa de un terremoto potente con un epicentro submarino. Solamente las personas que estuvieron en el área costanera ese día y en ese momento específico pudieron, obviamente, vivir la experiencia aterrizante del maremoto. Y aún así, esto no nos garantiza que hayan sido **testigos oculares**.

Se requiere entonces, no tan solo que hayan estado en el área, sino que hayan tenido algún tipo de visibilidad o la oportunidad de presenciar personalmente la ola marina que surgió a causa del terremoto. Aquí está el detalle del obstáculo mayor - la escasez de testigos oculares. Estos son los elementos que hacen que la población de testigos oculares del maremoto del dieciocho sea un puñado de personas que, a lo menos, “hipotéticamente” viven en la actualidad.

Otro factor que influye en el hecho de que las personas recuerden más el terremoto que el maremoto es que, comparándolos, este último duró muy poco tiempo, “... fue en términos de horas” o “... minutos... entonces (todo) volvió a normalizarse.”³ Sin embargo, el terremoto continuó dejándose sentir con los temblores postreros o *aftershocks* que hicieron que la isla temblara continuamente como por dos días, y fueron menguando en intensidad hasta aproximadamente un mes después del desastre⁴. El efecto psicológico de esto fue que las personas viviesen en tensión y suspenso durante ese mes, por no saber si realmente se había apartado el peligro de la isla; nadie sabía si otro terremoto podía desatar más destrucción solamente para añadirle a la calamidad⁵. Dada estas circunstancias geológicas y sociológicas deplorables no es tan difícil entender porque las personas recuerdan más al terremoto. Esta era además, la razón por la cual cuando uno entrevistaba a los testigos muchas veces se desviaban del tema **del maremoto** para hablar del

³ “¡AHI VIENE LA MAR!”, pág. 6. Entrevista efectuada como una historia de vida a la Sr. Eudocia Bisval como parte de la etnografía del maremoto del 1918, El dueño de esta entrevista es el Sr. Kevin Acevedo, estudiante del Recinto Universitario de Mayagüez, bajo la dirección del Dr. Valdéz Pizzini, antropólogo del Recinto.

⁴ “¡AHI VIENE LA MAR!”, pág. 6, *loc. cit.*

⁵ *H. R. Doc.*, pág. 5, *loc. cit.*

terremoto, y como buen etnógrafo tenía que - amable e indiscretamente - interrumpir su narración acerca del temblor para re dirigirla al maremoto.

El resultado lógico de la suma de estas premisas es que la mayoría de las personas que vivieron ese desastre (el terremoto), y que viven hoy para narrarlo, solamente recuerdan el terremoto, ya que éste - contrario al maremoto - afectó a **toda** la población de los pueblos del área oeste de la isla, mientras que el sunami afectó directamente solo a los que de alguna manera estuvieron en el área costanera en ese momento específico del tiempo y el espacio. Como podemos ver todas estas son limitaciones científicas que están fuera de nuestro control. Empero, las limitaciones etnográficas que supuestamente son posibles de controlar tampoco muestran ser más amigables que las primeras.

El último punto recae en la dificultad de recobrar esta *evidencia humana*. La evidencia humana son todas las vivencias que existen en el espacio y contexto mental (memoria) del ser humano. Esta evidencia es muy importante y cuando es evidencia **ocular** genuina de un hecho histórico (como lo fue el maremoto del dieciocho) su valor científico aumenta. Es por eso que es eminente que sean **escritas** o transcritas para poder ser conocidas, estudiadas y entendidas por todo el mundo. De otro modo están predispuestas a dejar de existir para siempre si ese testigo y potencial informante humano muere, y con él la información. Esta es la más cruel de las traiciones al conocimiento antropológico.

Para poder recobrar la evidencia hay que conseguir al testigo. Como veremos esto no es una labor sencilla.

El investigador tiene que buscar al informante. Y por supuesto, la pregunta clave es ¿dónde comenzar? Es casi como buscar una aguja en el

pajar. Una de las razones fundamentales es que los seres humanos se reubican, o sea, se mudan de sitio. Muchos de los que vivían cerca de las playas del noroeste de Puerto Rico, se mudaron por causa de la experiencia horrible del maremoto. Mucha de las personas, en pánico, abandonaron sus casas en el área costanera (las que quedaron en pie luego del tsunami), para relocalizar sus casas y comunidades en la ruralía. La labor de conseguir las personas que hayan vivido (y que estén vivas actualmente) en la costa en el desastre es más complicado que ir a la costa para hablar con esas comunidades, ya que muchos de los que actualmente viven en esas áreas son residentes *post tsunami*.

Cuando como investigador se está busca esta *evidencia humana*, muchas veces se tienen que tener “contactos”, o sea, personas que poseen referencias personales de algún testigo ocular. Esto no es tan sencillo como parece. Depender de estos “contacto” requiere de mucha paciencia y aunque parezca irracional, requiere mucha esperanza. A veces estos no son confiables. Lo que desespera de vivir una experiencia de esta clase es que el estudio esta sujeto a la disponibilidad y disposición de estas personas. Aún después de mencionar estas circunstancias incómodas hay que aceptar que “la suerte” es un factor determinante. Sin embargo, después de todo el esfuerzo y tiempo en paciente insistencia y persistencia, ¡qué dulce es la recompensa! Y estoy convencido que esta recompensa es la que lleva a muchos a continuar la ardua tarea del trabajo etnográfico.

Es en este contexto que urgen las etnografías, por las implicaciones científicas positivas en las que resulta. De esto es que se trata. Por lo tanto me tomaré la libertad de humildemente expresar mi opinión personal sin olvidar de que soy un principiante en esto de etnografías.

Primeramente, creo que como científicos sociales debemos apresurarnos a identificar cuales son los **campos etnográficos en extinción** - humanamente hablando - y luego pignorar el esfuerzo etnográfico en el recobro de estas vivencias, experiencias que es el conocimiento que está atesorado en tesoros que no son eternos, los seres humanos. Al igual que aquellas personas que vivieron el terremoto del dieciocho - un campo etnográfico en extinción - que poco a poco van falleciendo, existen todavía muchos otros con el potencial de investigación antes que dejen de existir. Por supuesto, es muy probable que algunos campos en extinción tengan prioridad sobre otros, pero es aquí donde se comienza la labor de los antropólogos, identificando y clasificando este orden de prioridad de atención etnográfico. Aunque creo también que indudablemente todos deberían ser estudiados. Solamente así las generaciones futuras podrán experimentar la profundidad de la satisfacción intelectual que de otra manera es única para el antropólogo.

